

¿ERDOGAN EN APUROS?

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Ha terminado 2013 en Turquía con detenciones, crisis de gobierno y nuevas manifestaciones pidiendo la dimisión de Tayyip Erdogan. Todo ello consecuencia de una operación policial, llevada a cabo el pasado 17 de diciembre, que concluyó con la detención de 24 personas, entre ellas los hijos de tres ministros y el director gerente del banco público Halkbank, por un presunto delito de corrupción. La consecuencia más directa ha sido un ajuste del ejecutivo que se ha saldado con cambios en diez de las veinticinco carteras ministeriales existentes, algo bastante poco usual. Ahora bien, esta remodelación no ha sido suficiente para acallar a los manifestantes que, como ya hicieran en junio, han vuelto a salir a las calles para solicitar a Erdogan que abandone su puesto, más aún cuando uno de los ministros implicados, el de Medio Ambiente, ha llegado a pedir la dimisión del propio primer ministro “por el bien de la nación”. Por supuesto, esto no se ha producido y Erdogan, con tres victorias electorales a sus espaldas y en la presidencia del gobierno desde 2003, no contempla tal posibilidad. Al contrario, como hábil político que es, con la medida adoptada da por zanjado el tema por ahora. Otra cosa muy distinta es por dónde vayan los derroteros de la Justicia. Una Justicia, por cierto, que ya veremos qué posibilidades tiene de actuar libremente, toda vez que ha sido objeto de duros ataques por el propio Erdogan, cuyo ejecutivo, además, no ha dudado en destituir o trasladar a setenta oficiales de la Policía con el fin de poner trabas a la investigación o en relevar a unos 350 policías en Ankara. En esta misma línea, el fiscal del caso, Muammar Akkas, ha sido apartado por su propio jefe.

No olvidemos que Erdogan ha llegado a calificar de “complot internacional” la investigación puesta en marcha. Desde luego, a mí me parece una expresión un tanto exagerada y, hasta cierto punto, una forma de echar balones fuera, aunque, por otro lado, no le falta algo de razón. Me explico: una parte importante de la opinión pública turca percibe que cuanto sucede en sus país es visto con lupa por numerosos periodistas y analistas occidentales, magnificando los hechos. La razón podría estribar en que Turquía se ha convertido en los últimos años en una potencia emergente, en un agente político de primer orden en el Mediterráneo oriental y en ese candidato eterno a entrar en la UE, lo cual suscita muchos recelos en amplios sectores de la sociedad europea. A ello habría que añadir que la forma de desenvolverse la democracia en Turquía es diferente a como la entendemos en los países occidentales, lo cual es objeto de controversia constante. Pero aquí habría que recordar, como habitualmente argumentan las autoridades turcas, que no hay un único modelo de democracia y que la UE, salvadas algunas exigencias mínimas comunes, debe respetar la idiosincrasia turca. Sin duda, éste es un lenguaje que cala hondo entre el electorado del Partido Justicia y Democracia (AKP) del presidente Erdogan. Más aún a tres meses vista de los comicios municipales.

Con la crisis de gobierno Erdogan ha tratado de poner tierra de por medio de forma inmediata, pasando a la ofensiva con la determinación ya mencionada. La cercanía de esas dos citas electorales son fundamentales para el mantenimiento en el poder del AKP, en un momento en que el islamismo moderado se encuentra dividido en dos: el propio partido liderado por el primer ministro y el movimiento auspiciado por el escritor e imán Fethullah Gülen, organizado en torno a una red de colegios privados que en los últimos años han ido ganando cada vez más fuerza en el país. Aliados hasta hace bien poco e interesados en una progresiva islamización del país, la ruptura supone un pulso entre ambas corrientes. La dura acusación de que el movimiento de Gülen está al servicio de los intereses de otros países es una muestra evidente de la lucha abierta dentro del islamismo turco. Lucha que, por el momento, parecería saldarse a favor del AKP, que cuenta con importantes bastiones dentro del país, incluida la alcaldía de Estambul.

A semejante consolidación habría contribuido el que durante los años que lleva Erdogan en el poder los avances que se han producido en el país han sido muy importantes. El AKP ha podido fortalecerse gracias a unas políticas orientadas a mejorar la vida de las clases bajas y medias bajas,

muy abundantes en un país de más de 74 millones de habitantes. En este sentido, destacan las inversiones en sanidad o en transporte, por ejemplo, siendo uno de los hitos más emblemáticos el túnel ferroviario subterráneo que atraviesa el Bósforo y que ha mejorado enormemente las comunicaciones internas de Estambul. Tales actuaciones no hacen sino confirmar el buen comportamiento de la economía turca en la última década. Aquí conviene apuntar algunos indicadores macroeconómicos: el crecimiento anual del PIB, a precios constantes, entre 2002 y 2011 fue del 5,2% (entre 1995 y 2002 fue del 2,9) y el PIB *per capita* pasó de 3.492 dólares en 2002 a 10.444 dólares en 2011, cifras aportadas por el Instituto de Estadística de Turquía. No obstante, para ver cómo se ha traducido esta mejora en el nivel de vida de la ciudadanía, conviene fijarnos en el PIB *per capita* medido de acuerdo con la Paridad del Poder Adquisitivo (PPA), es decir, teniendo en cuenta el nivel de precios internos. Pues bien, según datos del Banco Mundial, en Turquía se ha pasado de los 14.578\$ en 2009 a los 18.348 en 2012. Y si nos fijamos en el Índice de Desarrollo Humano, elaborado por el PNUD, en el que se combinan datos de producto por habitante, esperanza de vida y nivel educativo, éste ha pasado de 0,645 en 2000 a 0,722 en 2012, manteniéndose en un nivel alto, todavía lejos del muy alto.

En definitiva, datos económicos muy positivos que pueden servir para que los sólidos apoyos con que cuentan Erdogan y el AKP no se vean tambaleados por una corrupción, por otro lado, no ajena a numerosos países europeos. Así, por ejemplo, en el Índice de Percepción de la Corrupción 2013 de Transparencia Internacional, Turquía figura en el puesto 53, por encima de varios países comunitarios (Italia o Grecia entre ellos).

9 de enero de 2014